

casas de vecindad, de palmadas, risas y contento, guitarra en mano, hacían sus excursiones el *Artillero* y los *Enanos*, cantando:

Ay! qué bonitos
Son los enanos
Cuando los bailan
Los mexicanos.

El Atole:

Yo quiero beber atole
De enfrente de San Fernando:
El atole es de lo bueno,
La atolera se está agriando.

El Guajito:

Guajito . . . ¿á mí qué?
Agua del pozo no beberé
Con una de la Mercé . . .
Guajito too—á mí no
Agua del pozo no bebó yo . . .

El Palomo:

Una paloma me dijo
En la tapia de un convento:
¿Dónde estas, palomo mio?
¿Dónde estás, que no te tiento? . . .

Señá Severina:

¡Qué Ña Severiana
Tan linda y tan bella!
Se puede sacar
Un retrato de ella.

—
Qué Ña Severiana!
La quiero tantito
Porque en ella tengo
Un Severianito.

El Durazno:

Me he de comer un durazno
Desde la raíz hasta el hueso . . .
Me muero por las casadas
Será mi gusto y por eso . . .

—
Aque no la lleva el *riyo*
Por mucha fuerza que traiga:
Y á que yo sí me la llevo
Con media seña que le haga . . .

—
Ay! dile que no . . .
Dile que cuando se baña . . .
Que se corte las uñitas,
¡Cuidado cómo me araña! . . .

Todas estas canciones y sonecitos que no puedo recordar, parece que traían en su reflujó la marea de San Juan de los Lagos, lugar de cita de todos los pueblos de la República, mercado animadísimo que llevaba la circulación vivificante del tráfico á los puntos más lejanos de la República y foco de civilización, de confraternidad y de enseñanza que refaccionaba el aliento y la vida del trabajo á todos los ángulos de la República.

Lo que en todos estos sonos que forman parte de la fisonomía de un pueblo no puede marcarse, es la intension íntima, la inflexion del canto correspondiente á determinados afectos; la palabra de doble sentido, la alusión por el gesto á la costumbre, á la manera peculiar de sentir de la persona ó personas de que quiere ser comprendido el cantador.

La Balona, como procuraré explicar á su tiempo, tiene algo de la rapsodia griega; generalmente es el canto dolorido, la reminiscencia lacrimosa de un héroe, de un personaje popular ó de un suceso lastimero.

Es la lamentación que gime en la sabana solitaria, en círculo silencioso de arrieros ó de gente de trabajo ó vida aventurera, al amor de una fogata que se extingue y chisporrotea moribunda entre cenizas al aire libre en noche obscura ó de luna, al murmurar de la fuente cercana, al arrimo de unos paredones arruinados.

Aunque caiga en un anacronismo, que es lo menos de mi cuidado, copiaré la balona de Arias, personaje que calumniaron los serviles. (Aquí la Balona.)¹

Antes de la Independencia y poco después, eran comunes los *hábiles ó chistosos* que representaban en los estrados, y remedaban, ya las canturrias de un entierro, ya una riña en una casa de vecindad, ya comedias infantiles como esta:

—¿Ya tomaste chocolate?
—Sí señor, y con canela.

OTRO ACTOR.

—Esta es jornada primera.

Música.

—Ya trajiste la escopeta?
—Sí señor, y con la funda.

OTRO ACTOR.

—Esta es jornada segunda.

¹ Falta en el original N. L.

—Cuando fuiste por el vino quebraste el botellón.
—Pero aquí traigo el tapón.

VARIOS.

—Salió con una embajada.
—¿Qué haremos en este caso?

VARIOS.

—Matarlo con una espada.

UN ACTOR.

—Esta es tercera jornada.

Música.

Y aquellos eran aplausos y mimos á los niños, y motivos de estrepitoso placer.

Esos chistosos representaban, disfrazándose, el enfermo y el médico, la petición de novia, etc.

Algún chico despejado recitaba el *cuándo* ó el unipersonal de Otelo, con universales aplausos.

Señalábase como notabilidades sueltas entre la gente de buen gusto, el *Ciego de los palitos*. Ciego habilísimo que había labrado pequeñísimos trozos de diversas maderas y diferentes pesos, productores de varios sonidos, y con ellos formó un teclado sonoro que, tendido sobre una losa, sonaba como un piano. El ciego manejaba con dos palillos las teclas y tocaba que era un primor. Un Sr. Duarte, enclavijando las manos, producía sonidos de flauta melódiosa, y alguien con una hoja de naranjo ó una baraja en el labio inferior, remedaba el clarinete á las mil maravillas.

Pero lo que por entonces lograba muchísima boga, eran las representaciones caseras de pastorelas y coloquios, comedias y sainetes, que no había más que ver.

Era por lo regular un *calavera* cesante, achacoso y condescendiente, casado en segundas nupcias con una chica despejada y de ojo grande, espeso bozo y dentadura blanca, de hablar estrepitoso y lista de movimientos, protectora espontánea de amores y usurpadora de las ínfulas del marido filósofo.

Ninguno de los pollos, sus amigos, le llamaba por su nombre de Jesusita, neta, nacida en el día de los Dulces Nombres. Un pollo le decía Cuca, como en recuerdo de su traviesa soltería; otro, mamita, aludiendo á su afinidad con sus hijastras; aquél, madrina, porque le puso un escapulario; el de acullá, comadre, porque partieron juntos el piñón; y todos la camelaban, la atraían, se la asimilaban de cuantas maneras podían.

Persuadido Don Polinario de la necesidad de que las niñas tuvieran una distracción, y de no ser unos lirones, nacidos de la yerba, se abrió la discusión sobre el local, pintores, trajes; todo con la mayor economía, y poníase en tela de elección la pieza representable, fijándose al fin en un coloquio, por la razón conveniente de que había modo de dar papel á varios diablos, además de Lucifer, como el Pecado, la Astucia, Asmodeo, etc., y ser de mucho efecto los vuelos, el infierno, la cena de pastores, etc.

Designábanse los aficionados de pintura, que hacían unos árboles como lechugas y unas perspectivas que

se confundían con armazones de tienda; con sus montañas como pilones de azúcar; unas llamaradas que chorreaban sangre, y unas aguas que nadie habría desdeñado para lana de colchón.

Por supuesto, que el pollo de más prestigio era Luzbel, y la muchacha más bonita, la Virgen; de donde resultaba que al freir de los huevos, Luzbel se empeñaba en hacer de María Santísima una chica de rompe y rasga, dando con esto lugar á escenas reales, de todo punto imprevistas.

Con rara atingencia se señalaba el papel de Señor San José al amo Don Polinario; al muchacho más subordinado y audaz, el de San Miguel, y el de San Gabriel al del pacato chiquitín, adoración del señor de la casa.

El de mayores dotes de glotón y chistoso, era Bato; Gila la más batallera y parlanchina, y Cardenio, pastor prudente, algún gazmoño, mátalas á tientas, que era el Néstor pastoril.

Un tenor grave, literato inédito, que lee con mucha puntuación y sindéresis, es á la vez apuntador y director de escena.

Los ensayos que hierven en chanzas, chicoleos y peripecias, los celos entre pastores, diablos y pastoras, las agencias para el servicio de la escena, las empeñadísimas discusiones sobre vestidos, alas de los ángeles, bordados de lentejuela, cáireles de los diablos, etc., forman un modo de ser en aquel gran círculo de actores que escapa al pincel más ejercitado y sagaz. . .

El día de la función es la mar, y los comentarios de tan gran suceso, pueden aún registrarse en los recuerdos indelebles de los que vieron ó fueron parte de aquellos solaces de familia.

Entretanto, volaban mis blancas ilusiones como parvadas de palomas que atraviesan el espacio, se remontan y se pierden entre pardas nubes.

Mi pobreza, mis trabajos constantes para la manutención de mi señora madre y de mi hermano hacían enojosas mis horas; pero la juventud es un festín íntimo del alma que interrumpe alegre, y cuando menos se piensa, duelos y quebrantos, y á mí me arrebató, riendo, de las garras del dolor, para pasearme, ya entre muchachas de poca fortuna, ya entre damas opulentas, ya empujándome al cafecillo lleno de humo de tabaco de los *hojalateros* políticos; ya entre los holgazanes obreros, de bailes caseros, meriendas á escote; y ya entre literatos encerrados en su vanidad, que ostentaban polendas adquiridas, desmenuzando las odas de Horacio, y recitando de memoria los trozos más brillantes de las *Geórgicas* ó del *Facistol* de Boileau.

Esta serie de linternas mágicas en que figuraba yo, como Tenorio en unas, como protegido en otras y como versista decidor en todas, ampliaba el círculo de mis conocimientos y convertía en infinitamente variables mis estudios sociales.

De aquí nace la confusión inevitable de estos recuerdos que no he querido sujetar al orden cronológico ri-

guoso ni al cartabón de las fechas, porque entonces sería estudio, historia, reseña, anales, pero no memorias mías para imprimirlas; con la advertencia de que son una ensalada de Noche Buena, en que hay lechugas, cacahuates y confites, con aceite y vinagre, frutas de la estación y sus labores de confites, canelones, rábanos y jícama, lavados industriales.

Recuerdo, pues, que por aquellos tiempos, pared de por medio del año de 40, me impresionó hondamente el temblor de Santa Cecilia, ocurrido á las doce de la noche: las gentes dejaban el lecho medio desnudas y confesaban á gritos sus pecados en medio de la calle; los sacerdotes pegaban la faz contra la tierra ó alzaban las manos al cielo; bamboleaban las torres, sonaban las campanas como articulaciones doloridas, y las fuentes deponían sus aguas causando terror.

Aunque ese año de 1839 fué fecundo en acontecimientos políticos, ni esos acontecimientos ni sus comentarios eran obsequios serios de estudio ni siquiera atención detenida.

Los extranjeros veían los negocios por el lado de sus intereses, los sacerdotes, y en general los creyentes, se aferraban en sus creencias ó supuestas tradiciones, defendiendo la explotación del purgatorio y rolaba el trajín y el movimiento político entre abogados sin clientela, gente ociosa y mal entretenida y canalla perdularia y viciosa por demás que se empeñaban con más ó menos fortuna en disputarse el botín de los empleos, negocios de agiotaje y otras vedadas industrias, hasta

justificar el «*quítate tú para ponerme yo. . . .* Ustedes ya comieron, váyanse que tenemos hambre.»

Así, cuando á J. Valente Baz se le hablaba de política, solía decir: ¡qué política ni qué ojo de hacha! Este es un mal figón invadido por unos audaces marchantes que agobian á la repartidora con pedidos y con impertinencias. Á la puerta del estrecho figón hay una multitud hambrienta que primero ve comer con silenciosa envidia, después se irrita y alborota; al último arroja á los que comían y se instala á satisfacer el apetito; pero no cuenta con que los que comieron, después de algún tiempo vuelven, y se repiten por las mismas causas las propias escenas.

Por supuesto que en estos cambios de escena hay su variación de decoraciones: por una parte aparecen cruces y ciriales, sombreros de tres picos, condes y marqueses con sus comparsas de monjas, beatos, cofradías, hermandades, etc., etc.; y por el otro, personajes de la Ponchada ó sean guardias nacionales; herejes improvisados, y cada patriotero con su plan y cada *sansculote* con su proyecto de destripar frailes, aniquilar monjas, sacudir telarañas de milagros y convertir el mismo cielo, después del destierro de santos, ángeles y serafines en un lugar de fandangos, borracheras y desórdenes después de haberlo declarado propiedad nacional.

La generalidad así se cuidaba de la política como del mal humor de los habitantes de la luna; las señoras y los hombres de negocios creían que se recomendaban diciendo que no entendían de política y, los em-

pleados y militares, con el mayor cinismo, cacareaban el «soy de quien me paga,» haciendo á un lado la conciencia y la vergüenza.

Los periódicos mismos, como la *Lima de Vulcano de los Escoceses*, escrito por D. Luis Espino (Espes in Livo); *El Mexicano*, por D. Pablo Sánchez, militar empleado en el Ministerio de la Guerra, etc.; pero con decir que cuando un periódico, de los muy contados, tenía doscientos suscriptores, veíase el hecho como un prodigio, se dará idea del empuje de la opinión y de la alta atención que merecían los acontecimientos políticos.

Mucho muy frecuente era, aun entre personas que no se podían contar personas de la ínfima clase, oír preguntar: ¿y en qué pararon aquellas guerras de los insurgentes? . . . Sin contar con las referencias al Virrey y la extrañeza por que no llegaban las Bulas de los laticinios.

Dominaba sobre el fondo obscuro de la sociedad el fanatismo en alianza estrecha con el soldado y con el antiguo encomendero hecho soldado.

Las nociones científicas y de ciencias sociales alumbraban como por intermitencias en grupos aislados, ó mejor dicho, en individualidades separadas sin distinción y como tesoros enterrados, ó semillas encerradas en arcas infecundas. El saber se semejaba á una riqueza en barras de oro y plata que poseían varios particulares que puedan llamarse poderosos, cuando lo que se necesitaba era moneda circulante, no unos

cuantos ricos, sino una generalidad que tuviera para los cambios y sus necesidades precisas divulgar el saber, volver la riqueza moneda menuda.

*
**

La Academia de San Juan de Letrán había decaído lastimosamente: la política había surtido en su seno efectos de envenenamiento. Tornel se había separado del Ministerio. Pesado, al subir al Ministerio de Justicia, había tenido un rompimiento con sus amigos Ortega, D. Francisco Olaguíbel y Couto, antiguos compañeros en el periódico *La Oposición*, de ideas muy exaltadas. Payno había marchado á Matamoros y estaba bajo las órdenes de D. Manuel Piña y Cuevas, Administrador de aquella aduana marítima. Munguía tomaba el camino del cielo, como decía con gracia, porque en los de la tierra se lucra poco y se tropieza uno mucho.

Aguilar y Marocho ingresaba con aplauso con los «moderados» y estrechaba sus relaciones con Otero, con Cardoso y conmigo, haciéndose admirar por su talento, por su erudición y por su chiste natural.

Rodríguez Galván estaba á punto de partir para la Habana, donde le atajó los pasos la muerte

Alpuche emigraba, Iglesias se hacía notable en el turbulento estudio de Perdígón Garay, en que también estaba Julián Montiel y Duarte, por su retraimiento, por su estudio asiduo y por su memoria prodigiosa.

Pero la infancia inocente y florida había pasado; el amor platónico de la gloria se desvanecía, sonriendo en los horizontes en que dominaban la ambición y el interés. . . .

Entre esos recuerdos, ni yo mismo me doy cuenta de por qué aparecen de mejor realce y mayor relieve la prisión de los Sres. D. Francisco M. de Olaguíbel, D. Ignacio Basadre, D. Juan Zelaeta, D. Joaquín Cardoso, D. Vicente Manero Envides, el Padre Alpuche y D. Valentín Gómez Farías: pasaron frente de mí serenos y graves; la gente les seguía con vivas muestras de simpatía, pero en silencio. Acusábase á estos señores de que conspiraban por el restablecimiento de la federación y de que todos ellos eran masones de los que no oían misa, ni usaban rosario, ni se confesaban.

Basadre sobresalía en el grupo por su aire marcial, sus grandes y expresivos ojos negros, por su continente majestuoso y cierta aureola novelesca que le tenía formada su fama de aventurero, por el estilo del Baroncito de Faublás, de político travieso y elástico y de conversador fecundo y ameno.

Zelaeta era uno de esos letrados, adoración de las viejas, encargados de reconocimientos de hijos bastardos, soldador de matrimonios descompuestos, resucitador de litigios viejos promovidos por gente rabiosa de hambre, é ídolo de las muchachas á quienes favorecía en su «Baño de las Delicias,» de que era fundador propietario.

Envides era un viejecillo semicontrahecho, medio

torcido y corcobado, lleno de chistes, regadera de cuentos y epigramas, orgullo de los oaxaqueños sus paisanos, admiradores de su gran talento y lector asiduo, como todos los liberales exaltados, de su *Enciclopedia de los Sansculotes*, periódico resalao y pependenciero.

El Padre Alpuche, yucateco, era alto y enjuto, de cara avinagrada y biliosa, mordaz y áspero de carácter; era solicitado el sacerdote por su indulgencia y bondad como eclesiástico y como hombre de mundo y buena sociedad.

Al Sr. Farías me pareció que ya le conocemos.

Otro de los acontecimientos que conserva cierta frescura en mi mente, es el del suicidio del coronel Yáñez, persona de cierta distinción, perfectamente recibido entre la gente de buena sociedad, y ayudante del Presidente de la República.

Alto, fornido, blanco y de fisonomía abierta y luminosa: se hizo notar por su lujo excesivo y sus amistades sospechosas; hombreábase con los próceres y aventuraba gruesas cantidades en los garitos; se le creía haber percibido en algún asalto de bandidos y ofrecer su fianza á algún reo famoso, como si se tratase de persona de su intimidad.

Su familia era irreprochable de virtud y compostura.

Era Prefecto de la Ciudad un Sr. Castro, valiente como un Cid y astuto como una zorra, que se escurría por la hendedura de una tabla y á un chisme le arrancaba al vuelo una pluma de la que formaba el

hilo de Ariadna para penetrar en el más intricado laberinto de la más complicada intriga de delitos ó crímenes. Era Castro terror de los malhechores, quienes á su vez le asediaban preparándole asechanzas peligrosas y enviándole, como obsequios, calaveras y puñales, símbolos de amenazas y venganzas.

Ocurrió un robo escandaloso que conmovió por sus circunstancias á la sociedad; sin sospecha ni antecedente apareció Yáñez como director y capitán de una numerosa cuadrilla de ladrones derramada por varios puntos de la República, en donde ejecutaban toda clase de horrores.

Formalizóse la causa, se acumularon pruebas, agotaron su elocuencia y sus relaciones los defensores de Yáñez; éste parecía impasible; fulminóse al fin la sentencia de muerte. . . . Yáñez, según dicen, se concertó con su médico, y la mañana misma de su ejecución, al entrar en su prisión, hallaron su cadáver.

La justicia dispuso que se expusiera el cuerpo de Yáñez en el patíbulo para ejemplar escarmiento.

En ese propio año de 1839, recuerdo que me impresionó la muerte del Sr. Gral. D. Ramón Rayón, por la profunda pesadumbre que mostraron sus numerosos amigos.

Sabía vagamente que Rayón había sido, en compañía de su hermano, el Lic. D. Ignacio, de los primeros años de la Independencia. Muchas veces me habían entretenido las narraciones de sus ardides en la guerra, de su habilidad para fundir cañones y de su saber

en materia de fortificación que aprendió por sí mismo.

Yo sólo conocí al Sr. Rayón de lejos, y era, á pesar de su mucha edad, un hombre atlético y de andar firme, tuerto y de alzado copete; de nariz larga y boca grande, con la dentadura blanca y con escasos claros.

Se le atribuía ó tenía fuerza extraordinaria, como era detener un coche en su marcha, agarrando el eje, y cosas por el estilo.

En la función solemne de la coronación de Iturbide, en Catedral, Rayón iba en la comitiva del Libertador: un lépero se aficionó del pañuelo que llevaba en el bolsillo de la casaca, y lo persiguió tenaz en medio de la muchedumbre. Rayón lo sintió, y sin darse por entendido, dejó obrar al lépero. Éste introdujo al fin su mano en el bolsillo, cogió el pañuelo; pero no pudo sacar la mano porque Rayón se la tenía afianzada y aprensada dentro la misma bolsa. A cada esfuerzo del lépero, Rayón apretaba con el mayor disimulo hasta que dejó de moverse la mano. Al salir de la iglesia, sintiendo aún Rayón la mano del lépero en su bolsa, se volvió para dejarlo libre; pero el lépero no podía: llevaba completamente triturada su mano. . . . Rayón le socorrió con la mayor generosidad.

En toda su plenitud disfruté ese año de las nueve noches de Posadas, con sus farolillos y sus cohetes, su música y sus cantores y cantoras, sus rezos, su baile y sus piñatas retozonas y ruidosas.

Verificáronse estas posadas en una casa de esas que se llamaban industrialas, de bailecitos á escote y li-

bertad de uniones ya legítimas, ya clandestinas, con un cabeza de casa amigo y comodín de los frailes, y uña y carne de soldados calaverones. Con una esposa que la giraba en su tanto, ya haciendo aguas lojas por cuaresma y Semana Santa, ya fabricando tumbas de cartón y entierros de garbanzo los días de Muertos, ya poniendo su mesa de alfeñiques por Noche Buena en que parientas y amigas golpeaban el almíbar, amoldaban los borregos con sus lanas, que no había más que ver, y preparaban fuentes de caramelo como cristal, lo mismo, mismísimo que las monjas de San Lorenzo.

Si las niñas hacían primores de manos que ostentaban en fallitas, pecheras y pañuelos, había una Doña Moniquita que era una maravilla para velar enfermos, aplicar con pulso firme medicinas difíciles, encender las velas de reglamento á parturientas y agonizantes, encomendar el alma, vestir al muerto y llevar la batuta en los rezos á las ánimas y en la colecta de rifas de oraciones para conseguir indulgencias y gracias de la Iglesia.

Con el designio de ocupar á los lectores lo menos posible de mi insignificante personalidad, puse á estos recuerdos por título «Memorias de mis tiempos,» relatando más bien mis impresiones de las cosas que ocurrían á mi alrededor; pero tal propósito no podía llevarse á cabo en todo lo que muy de cerca me atañe. Así, pues, para no rendir homenaje á la hipocresía, diré un algo de mis aventuras de juventud en la alegre mañana de mi vida. Allá voy.

La casa de respeto en que en unos perseguidos amores solía ver á la señora de mis pensamientos y que yo frecuentaba, era una casa amplia y decente, con dos patios. El primero habitado por la familia de mi conocimiento y el segundo por una numerosa vecindad de viviendas interiores y cuartos bajos, con sus aditamentos de ollas y macetas, muchachos, gallos, canes, tenderos con ropa, casera entrometida y regañona y estorbos sin clasificación sembrados por todas partes.

Al terminar la subida de la escalera, en el patio principal, y torciendo el paso, se elevaba una escalera de palo que conducía á un cuarto aislado, muy propiamente llamado de los embarazos, casi olvidado y en que era como osario de muebles viejos, tinas de hojalata, zahumadores, sillas desbarajustadas, trastos inválidos, gorros y vestidos antidiluvianos, cortinas, camas con y sin cabeceras, un guitarrón rajado y cuanto trebejo puede mencionar un baratillero aguerrido y experimentado.

La familia de que me estoy refiriendo se componía de un militar de alta graduación, feroz en su facha y con una tradición de tragabalas que horripilaba. El militar era viudo y casi nunca asistía á la casa: tenía encomendadas dos de sus hijas y una huérfana á su anciana madre, sorda como una calavera de muerto, y simple (raro en sorda) como nadie se puede imaginar.

Las chicas eran avispas y las criadas elegidas por ellas, botinas, ladinatas y corriosas, como si hubieran

sido educadas en bodegón de barrio ó haciendo correajes de voluntades toda su vida.

La concurrencia masculina la formaban antiguas relaciones de familia que eran recibidas antes y después de medio día y á prima noche, con toda finura y circunspección.

Pero fuera de esas horas y con los brevísimos paréntesis que abría el furibundo hijo de Marte que hemos dado á conocer, los tertulianos podían formar un racimo de frutas de horca sin el menor inconveniente.

Unos diputados en desenvuelta soltería, unos colegiales en vísperas de destripar, un lego glotón y pecaminoso, dos tenientes mugrosos, de nariz colorada y tacón torcido, un músico apasionado, un bailarín que sabía freir frijoles y preparar tortas alegres, formaban la corte de las chicas: nerviosa la una, francota y confianzuda la otra, glotona ésta, parlachina y obsequiosa la de más allá, pero todas alegres, juguetonas y complacientes, sin excluir la costurera y la recamarera intrusa, risueña y comunicativa como alambre telegráfico.

Las distracciones eran variadísimas: se jugaban prendas y se merendaba; por una parte se regaban piropos y por otra se sembraban sollozos; cruzaban casi á la vez relámpagos de celo y perfumadas brisas de alegría, y no faltaba momento en que imperase una confraternidad inverosímil, y entonces carcajadas y carreras, bailes y retozos mesurados hacían temblar el suelo al punto que la anciana sorda, encerrada en la pieza con-

tigua, gritaba despavorida arrodillándose: ¡que tiembla! ¡que tiembla! Kyrie leyson! ¡Kyrie leyson!

Entre las jóvenes de que me ocupo, había una profundamente enamorada de un tenientillo de caballería que padecía sus intermitencias de desdén, lo que sacaba de quicio á Cuca (era el nombre de la chica), que recurría á toda clase de arbitrios para volverlo al redil.

El teniente vivía en el segundo patio en compañía de un díscolo que era el Tenorio de todas las perras y un permanente en sesión perpetua de embriaguez, pero servidor incondicional de su adorado teniente.

Á la intrépida Cuca se le ocurrió volver al redil por mi medio á su belicoso amante, y para ello, y advirtiéndome su inocente ardid, me dió una cita á excusas y á la hora de la modorra de la siesta al «cuarto de los embarazos,» de que tengo dado conocimiento. Yo descendí porque es imperdonable desatención un desaire á una dama y porque esos ensayos de aventura no se desperdician en la primera edad.

El concierto de la cita no sé cómo lo olfateó el asistente, quien por no exponer á su jefe, lo puso en conocimiento del señor de la casa, ofreciéndose á estar en perpetua vigilancia de mi persona.

Llega por fin el día, corro á la casa; todo se presenta propicio: subo de puntillas la escalera del cuarto consabido; Cuca, radiante de felicidad, me echa los brazos al cuello.... sobresalto, risas, palabras entrecortadas, todo se representaba frente á la ventana del rehacio amante.

Creímos oír un ruido metálico en el patio; Cuca espía por el agujero de la llave. María vuelve rápida y espantada, gritando: ¡papá! Corre y me deja encerrado á muerte en el diabólico «cuarto de los embarazos.»

Quedo como ratón en ratonera: quiero escalar las paredes, me asomo á la ventana como al borde de un precipicio; la altura es inmensa. Piedras sueltas, palos, ropa blanca tendida en el suelo.... En todas los cuartos gente.

Entretanto los pasos se acercaban, el acero de la vaina de la espada gruñía.... y mientras yo forcejeaba con la puerta, fuera de mí, la puerta no cedía; la chapa comenzaba á sonar floja, pero papá estaba á diez pasos.... Desesperado me ocurrió la idea de una barricada, amontonando muebles, trastos y cuanto encontrara á mi alcance contra la puerta, para que al abrirla el hijo de Marte hacer una avalancha de trastos, hojalatas, faroles y envoltorios, y bajar rodando las escaleras y así escabullirme. Pero á nada daba tiempo el crujir de la puerta, el sonar al desprenderse la chapa, y al alboroto exterior y al estado de mi espíritu, por fin cedió la puerta, y yo, rápido como el pensamiento me lancé por la ventana al techo del común cercano; pero me faltó la fuerza y quedé colgado de la canal siendo el espanto del segundo.... Ladridos, gritos, exclamaciones de «¡Jesús lo ampare!» «¡Jesús te acompañe!» se oían por todas partes.... yo veía un abismo á mis pies y mis brazos cedían, cedían hasta no poder soportarme; entonces hice un esfuerzo supremo, me estiré como la